



## M. I. SR. D. JOSE ARTERO

**N**UEVAMENTE las páginas de ARGENSOLA se orlan de luto, con motivo de la muerte de una ilustre personalidad aragonesa: el muy ilustre señor don José Artero, canónigo y primer rector de la Universidad Eclesiástica de Salamanca, fallecido el pasado 8 de febrero en la residencia de sus hermanos, en Alcalá del Obispo. Intimamente relacionado con nuestra institución, de la que era consejero, colaboró activamente en nuestras tareas y honró con su firma las páginas de esta revista.

Había nacido, en 1890, en Sena, riberas del Alcanadre, junto al antiguo monasterio de Sijena. Allí aprendió las primeras letras y nociones de latín y, en 1903, aparece matriculado en el seminario de Comillas, en donde estudió todos los cursos bajo la dirección de los padres jesuitas, con nota constante de *meritissimus*. En los doctorados de Filosofía y Teología alcanzó la nota de *nemine discrepante*, así como en la licenciatura de Derecho. Ordenado de presbítero el 19 de diciembre de 1914, ganaba, unos meses más tarde, una canonjía en la catedral de Salamanca. La vieja ciudad universitaria, con su teoría de iglesias y colegios mayores, con su mágico hechizo, había de ejercer una perdurable influencia sobre aquel joven sacerdote aragonés que llegaba, de las orillas del mar cántabro, con una sólida formación humanística, ardiente y profunda vocación sacerdotal y claras aficiones artísticas y literarias. En sus artículos y trabajos posteriores aparecerá, con frecuencia, la evocación de aquella Salamanca de por 1915, exacta en sus dimensiones como una ciudad griega, ordenada en sus estructuras sociales y clásica por

su ambiente. Eran los años agudos de las crisis de Miguel de Unamuno que, en 1912, había publicado su *Sentimiento trágico de la vida* y maduraba ya su *Cristo de Velázquez*.

La absorbente personalidad de Unamuno daba un singular aspecto a la vida intelectual salmantina y claro está que la conjunción de aquellas dos personalidades, la del heterodoxo catedrático y la del animoso sacerdote aragonés, había de producir el choque inevitable que cristalizó en una serie de polémicas, que se hicieron famosas, animadas, en alguna ocasión, por vociferantes manifestaciones de los estudiantes de la Universidad. Pero pese a esta disparidad de criterios, Unamuno tuvo siempre en mucha estima la valía del docto canónigo, a quien profesó siempre cordial amistad.

En 1923, fue nombrado secretario de cámara del obispado oscense y vicario general, sin renunciar a su canonjía salmantina. Sus tres años de estancia en Huesca dejaron huella perdurable. Para amenizar la aridez de los asuntos administrativos, simultaneó las tareas propias de su cargo con sus aficiones a la Literatura y al Arte, dirigiendo centros culturales, dando conferencias y promoviendo la vida intelectual de la ciudad. A su actividad se debe en buena parte la restauración del palacio episcopal y, sobre todo, la del magnífico salón del obispo Espés, denominado del «Tanto Monta».

Su nueva etapa de vida salmantina, con sus frecuentes viajes por Europa, se caracterizó por una inusitada actividad como conferenciante y publicista. De su docta pluma salieron un gran número de publicaciones y artículos; pero la lista de sus obras es difícilísima de hacer, pues don José no guardó su producción y su copiosa obra está desparrajada en multitud de revistas. Como preparación a las obras que planeaba, logró reunir por estos años un nutrido fichero, perdido, más tarde, durante la guerra civil. Entre estas obras, cuyo logro le ilusionó durante mucho tiempo, se hallaba una *Historia de la música española*. En realidad, su pasión por la música databa de sus tiempos de seminarista. Javier Lázcoz ha escrito que «fue el más decidido colaborador de la nueva orientación que venía a implantar a la *Schola* el padre Otaño, a raíz de la publicación del *Motu proprio* de san Pío X». Más tarde, fue director de la revista «Música Sacro Hispana», redactor de «Tesoro Sacro Musical» y profesor de la Escuela Superior de Música Sagrada.

Siempre dispuesto al trabajo, presto a acudir a donde se le llamase, predicando, dando conferencias y clases, escribiendo, redactando informes, recorriendo la geografía española en un continuo peregrinar, toda-

vía le quedaba tiempo para investigar en los archivos, en busca de datos y noticias para ilustrar la historia de la Catedral y de la Universidad salmantinas.

Su amor a las obras misionales le llevó, en 1933, a residir en Madrid, con dispensa de residencia coral; allí realizó una gran labor como consejero nacional de la C. M. D. E. y, sobre todo, como redactor de la revista «Catolicismo», de la que fue uno de los fundadores. Dedicado a estas tareas, que tan gratas le eran, le sorprendió la guerra civil, durante la cual, pese a la persecución de que fue objeto y con gran peligro de su vida, desplegó, como nunca, sus dotes apostólicas; de labios de supervivientes de la guerra, hemos oído evocar con emoción aquellas comuniones, aquellas misas del padre Artero en el Madrid de los años 36 y 37, hasta que, al final, fue evacuado a través de la legación de Rumanía, reintegrándose a su canonjía de Salamanca.

Acabada la guerra, vuelve a Madrid; le atraen, como antaño, las obras misionales que es preciso reorganizar. Pero este paréntesis madrileño no dura mucho. El obispo de Salamanca, doctor Pla y Deniel, que le tenía en gran estima, le nombró rector de la recién creada Universidad Pontificia de Salamanca, encargándole de su organización. Fue esta una de las grandes satisfacciones de su vida, pues le dio ocasión de dedicarse al magisterio universitario, una de sus grandes vocaciones, por el que sentía decidida predilección, explicando Teología Fundamental, disciplina de tan gloriosa tradición salmantina.

Su actitud puramente eclesial, su amor a la justicia y a la verdad se pusieron de manifiesto, más que nunca, en esta última etapa de su vida, pero, quizás esta independencia de criterio y su sinceridad, tan aragonesa, fueron obstáculos que le impidieron alcanzar mayor rango jerárquico y más altos honores que, por otra parte, no anheló nunca y, ciertamente, sirvió mucho mejor a la Iglesia con su rectitud insobornable y con su conducta independiente y ejemplar.

Su espléndida vitalidad y su actividad incansable se mantuvieron, intactas, hasta dos años antes de su muerte, en que, aquejado de grave enfermedad, hubo de atemperar el ritmo de su vida activa a las exigencias de su quebrantada naturaleza; pero su amor al trabajo y al estudio podían en él mucho más que las prescripciones médicas y, en cuanto notaba alguna mejoría, se lanzaba de nuevo a la agotadora labor de costumbre. La poca atención que prestó a su salud agravó notablemente su enfermedad. Al finalizar el curso, en 1960, se jubiló de su cátedra de Teología Fundamental y Salamanca le rindió un justo tributo de admiración y de cariño.

La estancia en Alcalá del Obispo, en donde sus familiares le atendían solícitamente, no pudo evitar ya el fatal desenlace y, en la mañana del 6 de febrero, se durmió en el Señor, mientras repasaba, lector hasta el último momento, las publicaciones del día.

ALGUNOS JUICIOS SOBRE SU PERSONALIDAD.—No queremos terminar esta breve nota necrológica, sin trasladar varios párrafos de ilustres personalidades, que reflejan cómo era visto don José Artero, fuera de su tierra aragonesa.

Don Lamberto de Echevarría, catedrático de universidad, ha escrito: «Hemos perdido un auténtico humanista. Un sabio en la línea de aquellos teólogos de la gloriosa edad de oro de la escuela salmantina que nunca fueron especialistas, sino que fueron «sabios» en la plenitud gozosa de esta palabra. ¿Quién podría señalar cuál fue la especialidad de don José? Buen teólogo, pero que cultivó diversas ramas de la Teología. Misionólogo. Historiador de la Música. Fino crítico de esta misma música que historiaba. Hábil periodista. Biógrafo afortunado del padre Tirso y de la beata Vicenta María Vicuña. Erudito conocedor de nuestros archivos y divulgador de felicísimos hallazgos que había hecho en los mismos. Una inteligencia privilegiada se hermanaba en él con una curiosidad intelectual, también de primer orden. Ambas cosas le empujaban a leer, a investigar, a enterarse. Nunca contento del todo. Y por eso siempre dispuesto a continuar leyendo, investigando, enterándose... Hemos perdido un humanista y hemos perdido, sobre todo, un ejemplar sacerdote. El recorrido de su paso por la vida es edificante a más no poder. Sería largo el inventario de sus empresas apostólicas, y si se quisiera porminorizarlo, sería sencillamente imposible».

Extractamos unos párrafos de otro catedrático de universidad, don Fernando Lázaro, correspondientes a una carta abierta publicada en la Prensa: «Y antes de acabar, querría decirle que muchos no lo conocían más que en un aspecto exterior y pintoresco: el cura bueno, que atravesaba las calles desalado, con su paso menudo y oscilante, que tenía en los labios siempre la sal justa (¡cuántas veces contaron en beocio lo que usted dijo en ático), que, de pronto, se veía rodeado de niños, como viva estampa del Buen Pastor... Usted era eso y más cosas; era un sacerdote irreprochable, un hombre de mil saberes profundos, de curiosidad intelectual nunca satisfecha, y sentía la pasión de la justicia de un modo edificante. Sabía—dificilísima ciencia—asentir o disentir sin ulterior designio; y llamar a las cosas por su nombre, si un impera-

tivo superior de caridad no se lo impedía. En esta carta, última que le escribo, deseo evocar, sobre todo, su elegancia y nobleza, su bondad y sentido increíble de lo justo. Sus amigos de aquí echaremos en falta su pequeña figura; su palabra de aliento, su presencia confortadora. No podremos encontrar en Salamanca esta primavera, según planeamos hace mes y medio, mientras la nieve y la lluvia azotaban las ventanas de su hermoso casón familiar. Tenemos ya otro lugar de cita. ¿Para cuándo? Dios dirá».

De Emilio Salcedo, copiamos lo siguiente: «Don José quería seguir teniendo esa esperanza; espera de tantas cosas que debieron llegar a él y que, sin embargo, no llegaron casi nunca... Junto a la esperanza o a la necesidad de esperanza, la caridad beligerante que daba el tono de su personalidad. Don José tenía una voz propicia al chiste... y, sobre todo, propicia a la indignación...; su lengua iba tan rápida como su pensamiento, y éste saltaba y se escapaba como un corzo velocísimo por el cerebro de este noble baturro salmantizado... Don José, primer rector de la Universidad Pontificia, catedrático de Teología Fundamental, prefecto de Música de la Catedral, era un cura liberal. Sabía de la vieja escuela, del viejo castellano que llamaba liberal al generoso, al que se daba todo entero a los demás... Tal vez el José Artero más auténtico era el personaje que él fue formando: un cura generoso, un hombre menesteroso de esperanza que la repartía luego entre todos».

TRABAJOS PUBLICADOS EN ARGENSOLA.—Como contribución a la ficha bibliográfica del doctor Artero, damos a continuación la reseña de los trabajos que fueron publicados en nuestra revista: Son los siguientes:

*Un contrato de órgano del siglo xv* (tomo I, pág. 267).

*Sobre un relieve sepulcral en la catedral de Huesca* (III, 379).

Entre las recensiones, señalamos las que van a continuación:

*Los universitarios y la gente letrada vistos por Cervantes*, de R. del Arco (I, 302).

*El poeta aragonés Juan de Moncayo*, de Del Arco (II, 98).

*El Archivo Municipal de Monzón*, de A. Ubieto (II, 214).

*Francisco Bayeu en silueta*, de Del Arco (II, 319).

*La sociedad española en las obras de Cervantes*, de Del Arco (II, 383).

*El obispo don Juan de Aragón y de Navarra*, de Del Arco (III, 389).

*Don Antonio Agustín, historiador*, de Del Arco (IV, 392).

*La «dueña» en la literatura española*, de Del Arco (V, 100).

*Sepulcros de la Casa Real de Castilla*, de Del Arco (V, 288).

A su vez, en nuestras páginas, quedaron reseñados los siguientes trabajos de don José Artero:

*Mariología artística salmantina* (VI, 391).

*Etiqueta eclesiástica salmantina a finales del siglo XVIII* (VIII, 271).

Esperamos poder ocuparnos nuevamente de esta relevante figura de la Iglesia española. Ahora, al poner punto final a esta breve nota necrológica, al mismo tiempo que expresamos a sus familiares, que con tanta solicitud cuidaron sus últimos días, nuestro pesar por su desaparición, pedimos a Dios que le haya acogido en el lugar de la perenne paz. Para nosotros nos queda el consuelo de su obra, de su magisterio y, sobre todo, la ejemplaridad de su conducta. Porque amó más a Dios que a los poderosos de la tierra, porque buscó infatigablemente la verdad y sufrió persecución por la justicia, su nombre quedará vinculado a la historia como prototipo del eclesiástico ejemplar de nuestra tierra aragonesa.

FEDERICO BALAGUER